

Distanciamiento compulsivo

Juan Carlos Fernández
www.juancarlosfernandez.es



No es que Frederick Forsyth sea un gran literato, en mi modesta opinión, pero sí es un magnífico urdidor de historias que nos ha deleitado desde hace décadas con sus *Chacal*, *Odessa* y otras muchas novelas, buenos ejemplos de superventas que, para el lector sin demasiadas pretensiones, como un servidor, tienen la virtud de enganchar y animar a la lectura.

Pues dice el bueno de Forsyth, y le creo, que los escritores son una especie de bichos raros. Estoy de acuerdo porque, aunque soy sólo un aficionado que toma pluma y papel a ratos sueltos, experimento sin reservas algunas de las cosas que el británico tiene dichas en defensa de la rareza de los escritores. Sostiene que «A los niños se les reprende mucho cuando sueñan despiertos. Para un escritor es indispensable». Y este insoslayable soñar despierto supone, en su opinión, vivir la mitad del tiempo dentro de su cabeza. Es decir, no parar de darle vueltas a las cosas, estar en permanente búsqueda de ideas, tramas, argumentos, expresiones... Esta labor de perenne estado de semialucinación literaria tiene que verse completado, nos advierte, con lo que da en llamar «distanciamiento compulsivo». Esto es, siempre al acecho, tomando notas, guardando detalles... Para esto hay que tomar distancia, se necesita soledad y perspectiva, lo que finalmente, según Forsyth, convierte al escritor en un intruso, en alguien que no encaja nunca.

No soy, insisto, ajeno a estas ideas, que nuestro Blasco Ibáñez ya expuso décadas antes cuando afirmó que andaba por la vida con

«ojos de novelista». De cualquier circunstancia, de cualquier noticia, de una frase que se escucha sin querer sentado en el banco de un parque, puede surgir la chispa inicial que dé lugar al incendio literario. De la chispa y de ese «distanciamiento compulsivo» que favorece la perspectiva. Lo que me lleva a una cuestión, que algún paciente seguidor de mis escritos y libros me ha planteado: «¿Y qué pintas tú, que estabas de lleno en el mundo de los emborronadores de cuartillas, de nuevo en la política?» Buena pregunta, sí señor, porque, desde luego, si en algún mundo se carece del «distanciamiento compulsivo» es en el político.

Créame, no me resultó fácil dar el paso. Y añoro disponer del tiempo que antes empleaba en buscar argumentos y situaciones para la creación literaria, o en dar con documentos y datos para mis modestos artículos o ensayos sobre cuestiones relacionadas con la historia local. La escritura, «severa y gozosa esclavitud», como dice Juan Manuel de Prada, es un veneno. Pero la política, no lo duden también. Para ambos hay pocos antídotos. En mi caso, la vuelta a la cosa pública no ha sido fácil porque dejo de lado parte de mi compromiso cívico, que plasmaba en escritos y en el asociacionismo para aportar lo que pueda a nuestra sociedad local desde el municipalismo. Les podrá parecer complicado, y lo es, pero me queda el consuelo de que cosas aparentemente contradictorias son posibles: según contaba Voltaire, el bueno de San Teodoro «era tabernero, pero no por eso menos religioso». Pues yo espero, pese a estar eventualmente en política, no perder la virtud del distanciamiento, de la perspectiva. Además, siempre nos quedarán los libros y las cuartillas en blanco, en las que puedes escribir libremente cuanto deseas. Siempre subsiste, intacta aunque oculta, la tentación de buscar un rincón aislado en el que leer, leer, leer... y escribir, despojados de *vanitas vanitatis*, si es posible. Me parece.